

EL MONUMENTO FALLERO ENTRE EL OSTRACISMO Y LA EVOLUCIÓN

Hace unos meses recibíamos una propuesta curiosa en el Departamento de Escultura de la Facultad de Bella Artes de Valencia. Una comisión fallera en Gandía nos proponía realizar una falla experimental. En un principio la idea nos produjo un cierto desconcierto. La falla, el monumento, hoy por hoy viene a ser una continua reinterpretación de un modelo que parece anclado en el tiempo que se repite año a año mecánicamente como excusa, elemento obligatorio, en la liturgia festiva de las comisiones falleras.

La falla ha perdido la frescura de la fiesta de vecindario, para rendir servicio a sus obligaciones como elemento de la fiesta turística, se supone que su principal objetivo es causar la admiración de los visitantes. Por el camino se han olvidado algunos de sus mejores valores, la travesura, la crítica ácida, la parte **canalla** de la falla, cuando señalaba la tacañería del barbero, o el abuso en los precios del de la tienda o cualquier otro personaje del barrio, que salía retratado en la falla. Todo ello en ocasiones se hacía por la noche y en el anonimato, con la complicidad del vecindario. Con el tiempo se fueron añadiendo más temas de la actualidad local y nacional, y el catafalco inicial se fue cuidando cada vez más.

A principios del siglo XX las fallas cada vez tenían mas éxito y su valor estético más apreciado. Al realismo de los ninots y la oportunidad de las críticas que representaban, se unía la pericia técnica de las construcciones, hasta el punto de convertirse en una atracción turística a principios de los años 30. Después de la guerra civil, en los tiempos del franquismo, la falla adquiere su forma final y se fosiliza. El franquismo no es un buen momento para el arte, ni para la crítica, ni para la participación libre de los vecinos. Las fallas se estructuran estrictamente, las comisiones se jerarquizan, y los artistas falleros son organizados en el Gremio de artistas falleros. Como consecuencia el monumento fallero deriva en un alarde de pericia técnica buscando el más difícil todavía para satisfacer el incipiente turismo y la rivalidad entre las distintas comisiones. La falla acaba por adquirir la forma con la que la conocemos en la actualidad.

En estas condiciones aceptar el encargo de un a falla no es un proyecto muy atractivo, sin embargo en la propuesta que nos hacían aparecen cosas interesantes: la falla debía estar realizada con materiales y objetos usados y no contaminantes y la temática debería ser preferentemente social. A ello se unía un presupuesto modesto sin pretensiones espectaculares y con una buena predisposición de la comisión de participar en el proceso de decisión y realización de la falla. Esto nos parece que volvía a vincular a la falla a su condición primigenia a sus orígenes. Esta si que nos parece contemporánea un buen reto, un proyecto que vuelve a situar a la falla en el presente, en la contemporaneidad.

La falla de hoy parece anclada en su propio molde, son muy pocas las comisiones que se arriesgan a incorporar elementos nuevos. Los artistas se ven en la necesidad de abaratar costes y producir un producto que sea aceptado sin problemas a repetir el camino seguro de lo conocido. En ocasiones parece imposible que se pueda trabajar con presupuestos tan exigüos. El nivel técnico alcanzado por los artistas falleros les permite trabajar con solvencia en otros ámbitos, verdaderos especialistas en la realización de

decorados gigantescos para el cine, parques de atracciones, eventos deportivos, montaje de exposiciones, etc. Pero la innovación conceptual no ha seguido en paralelo a la continua evolución del arte actual, los artistas falleros han estado más preocupados, se han visto obligados, a mantener sus talleres en funcionamiento frente a la enorme inestabilidad económica a la que se ven sometidos. Los conatos experimentales han sido igual de interesantes que de escasos. Resueltos de manera irregular, desde piruetas esteticistas no siempre afortunadas, a estimulantes incorporaciones de artistas procedentes del mundo del cómic o de las artes plásticas, junto a arriesgados planteamientos de los grandes artistas falleros que disponen de enormes presupuestos o de modestos y más inadvertidos que han contado con las complicidades de las comisiones falleras.

Después de su amplia historia, de la tradición del monumento fallero, resulta sorprendente la escasa documentación fuera del ámbito puramente fallero. Son pocas las investigaciones emprendidas sobre el tema en la esfera universitaria. Trabajos que nos hagan conocer en profundidad el origen y las vicisitudes por donde a pasado un fenómeno que ha impregnado tan amplias capas de la población, y que ha adquirido tal relevancia social. Más curioso resulta la decepcionante representación de las fallas en el centro de documentación más potente que ha dado nuestra era la red de internet.

En la falla pasa como en la paella, es un nombre que designa varias cosas, el recipiente y la propia comida. La falla es la comisión fallera y es el monumento fallero. Hoy por monumento se entiende algo vetusto y conmemorativo, se habla de intervenciones, de escultura pública y se reserva el uso del monumento para un tipo de escultura generalmente funerario que conmemora un personaje o acontecimiento. La falla es todo lo contrario, es vida, en estado puro, es fuego, es renovación, es celebración y por ahí debería ir el monumento fallero, por reconsiderar sus propios orígenes y su identidad fuera de la atadura de lo espectacular, donde la pericia técnica deje el ámbito circense del más difícil todavía para ponerse al servicio de la creatividad, de la crítica mordaz y canalla que sin perder el humor nos haga reflexionar sobre las condiciones que soportamos en la vida contemporánea. El elemento crítico debe cambiar, ya no puede ser la continua repetición de los clichés decimonónicos y conservadores. La ecología, el reciclaje de trastos que cotidianamente tiramos a la basura o al eco parc, la renuncia a utilizar materiales sintéticos y contaminantes, la participación de las comisiones falleras, dirigidas por los propios artistas que exploren su capacidad para expandir la creatividad desde los talleres a la existencia de todos los que viven la falla. En fin el compromiso con la sociedad de nuestro tiempo, con el tiempo que nos ha tocado vivir

EMILIO MARTÍNEZ